



X.

BATALLA DE LEPANTO.

1571.

Concentración de la armada turca.—Su fuerza y distribución.—Vacilaciones de los jefes.—La de la Liga sale del puerto.—Navegación trabajosa.—Descubre á la enemiga.—Línea de combate.—Encuentro.—En la izquierda.—En el centro.—En la derecha.—Bizarria de D. Juan de Austria.—Oportunidad de la escuadra de socorro.—Victoria por los cristianos.—Pérdidas enormes.—Presas.—La flota turca aniquilada.—Distribución del botín.—Regreso de los cristianos.—Separación.—Temporal.—Regocijo.—Juicio de la jornada.



L historiador goza del privilegio de cambiar el escenario, pasando libremente de un campo al opuesto, de anticipar ó posponer las ocurrencias, de hacer selección de personas, discurrendo de manera que el orden ó disposición de los capítulos procure claridad ó interés á lo que va narrando, sin perjuicio del enlace y unidad del conjunto. Á éste importa conocer lo que pasaba en el golfo de Lepanto, donde se había concentrado la armada de los turcos á ser ciertas las averiguaciones de Gil de Andrade, explorador activo destacado á Levante por D. Juan de Austria.

En efecto: llamadas por Alí las divisiones que habían operado aisladas en el Adriático y en las islas, causando graves daños en las posiciones venecianas, procurándose refuerzos y víveres á medida que los descubridores comunicaron noticias de avance de los cristianos, fueron colocándose bajo la insignia principal, llegando el último Mahomet, bey de Negropon-



to, con 60 galeras y 3.000 soldados de reciente leva. La revista general arrojó las sumas de 210 galeras y 63 galeotas, guarnecidas por 35.000 hombres de guerra, de ellos 2.500 genizaros¹, que por orden é instrucción del Jefe se organizaron en cuatro escuadras equivalentes á las de los coligados. El cuerno derecho, al mando de Mahomet Siroco, gobernador de Alejandría, se componía de 54 galeras y dos galeotas; la batalla ó centro, por Ali, General en jefe, de 87 galeras y ocho galeotas; el cuerno izquierdo, confiado al cosario Cara Hosia (Khodja), 61 galeras, 32 galeotas; el socorro ó reserva á cargo de Murat Dragut, ocho galeras y 21 galeotas ó fustas.

Las órdenes del Gran Señor Selim eran terminantes: Ali debía salir con tal armada al encuentro de los cristianos y combatirlos donde quiera que los encontrara. Ánimos no le faltaban para hacerlo: joven, valeroso, halagado con el mando en que sustituía á Piali, y con el éxito de la campaña el año anterior, deseaba ocasión de distinguirse en empresa de más importancia. El plan, que era lo dudoso, consultó en Consejo de guerra, convocados los Generales, los Gobernadores y los Capitanes de concepto, que no se mostraron unánimes ni conformes en los pareceres. Lo mismo que en el lado contrario, se significaba la vacilación y aun el temor en los jefes más acreditados. Pertev, el general de la infantería, desconfiaba de su tropa bisoña traída á las galeras sin haberlas pisado nunca; Mahomet Siroco, los Bajás de Morea y de Caramania, guerreros de experiencia, el mismo Uluch-Alí, tan arrojado, dando crédito á los datos obtenidos en Ragusa acerca del fuerte armamento de la Liga, divagaban confusos y tímidos, inclinándose á esquivar un encuentro que, sin dar á los triunfos ya conseguidos realce, pudiera tentar á la fortuna. Con estarse al ancla, pensaban, avanzada como estaba la estación, tendrían los enemigos que volverse, resultando inútiles los enormes gastos que habían hecho para salir de sus puertos.

¹ Estas cifras son término medio de las que apuntan los historiadores. Arroyo da las aceptadas por Rosell, de 245 galeras, 70 galeotas y 120.000 hombres.



Claramente daban á entender las indicaciones que el arranque otomano de los tiempos de Barbarroja se modificaba; el hecho mismo de encontrarse la armada al abrigo de los castillos del golfo, consintiendo el progreso de la enemiga desde Corfú, significaba inclinación al temperamento defensivo. Sin embargo, en contraposición de los veteranos prudentes, asistían al Consejo capitanes ardorosos, para los que en modo alguno cabía duda del resultado en un encuentro con infieles, y por su número quedó decidida la acción, pesando en la balanza de su lado los informes procurados cuidadosamente. Tanto los de ciertos corsarios que osadamente se habían deslizado de noche con embarcaciones menores dentro de los puertos de Mesina y de Corfú, como los que produjo la captura de algunos marineros sometidos á cuestión de tormento, por la casualidad de referirse á los días en que alguna de las escuadras andaba separada, coincidían en el señalamiento de galeras en número inferior al existente; inferior bastante al que ellos tenían, con lo cual, y la falta de las naves, crecía su confianza.

Las noticias obtenidas de los barcos de cabotaje durante los cruceros de Andrade, no eran tampoco exactas; rebajaban asimismo los bajeles y los soldados juntos en Lepanto; mas no se tenían por seguras entre los jefes de la Liga, ni habían influido en su voto.

Don Juan de Austria, cumpliéndolo, por acomodarse á su genial impulso, se satisfizo al pronto con excluir del Consejo de Generales á Veniero, llamando en su lugar al proveedor Barbarigo, y en la amanecida el 3 de Octubre mandó levar anclas y enderezar las proas al Oriente, costeano á Santa Maura. El tiempo no favorecía á la derrota; reinaban los vientos del Este y Sudeste, obligando á proporcionar descanso á los brazos de los remeros en el trayecto por el Estrecho de Itaca, hasta alcanzar el abrigo del continente en el cabo Maratia.

Conseguido esto, descendió hacia el Sur la Armada costeano las islas Cursolari ó Equinodas, y alboreando el 7 de Octubre cuando llegaba á la última, nombrada Oxía, y



había de torcer á fin de montar la punta Escrofa con dirección al golfo de Patrás, avisaron los vigías la vista de una vela, de dos, de muchas, de la escuadra turca, viniendo á toda vela con viento favorable.

Á la emoción instintiva que en tales casos domina á la más firme voluntad, siguió impresión de asombro contadas las velas con que blanqueaba la línea del horizonte. Es fama que los más determinados, sin exceptuar á Sebastián Veniero, tan deseoso del encuentro, sintieron decaer el espíritu, arrepentidos del avance y prontos á evitar todavía el trance aparejado á mal suceso. Todos los Generales fueron en los esquifes á la Real á tentar la energía del caudillo con la expresión del semblante tanto como con las observaciones que á cada cual ocurrían. Los más oficiosos ó apocados insinuaron la conveniencia de la retirada; los indecisos propusieron la reunión del Consejo, contestándoles el Generalísimo con laconismo espartano: «Señores, ya no es hora de deliberación, sino de combate» ¹.

Por el lado opuesto, pasada la sorpresa de la descubierta, por ir en la creencia de que andaban por Cefalonia los coligados, el entusiasmo y el júbilo embriagaron á los turcos, asegurados en la primera inspección de la superioridad con que iban á destruir á los cristianos, por ocultar aún la punta Escrofa á las escuadras del ala izquierda y de reserva, y á las galeazas, constituyentes de la retaguardia; pero así que traspusieron la extremidad de la tierra, cuando en totalidad se dejaban contar, tocó á su vez el desengaño á los que pensaban habérselas con un tercio menos de navíos. Súbitamente enfrió en sus filas el ardimiento aquel aparato formidable, haciendo renacer las aprensiones de Pertev y de Uluch-Alí, que se apresuraron á aconsejar el retroceso detrás de los castillos. Alí lo rechazó enérgicamente, mortificada su presunción con la idea de que pudieran vanagloriarse

¹ El manuscrito citado de la Academia de la Historia diferencia á D. Álvaro de Bazán, que acudió á la Real con unas ricas armas doradas, con muchas plumas en la cimera, galán y contento, á dar la enhorabuena á Su Alteza por haber parecido el turco. El Príncipe le abrazó, agradeciéndole lo que había hecho.



los infieles de haberle hecho mostrar las popas de las naves otomanas. Irresistible atracción llevaba en aquel momento á los caudillos al choque tremendo.

Don Juan, el primero, disparó una pieza en señal de reto, poniendo en la entena la señal de formación en línea de combate, maniobra difícil en momentos en que se habían de llenar los claros de las escuadras, esperar á los rezagados y remolcar á las galeazas sacándolas á vanguardia. Al paso que los jefes cuidaban de la colocación en los puestos de cada galera, en el interior de éstas, con la actividad que parece producto febril en semejantes casos, poseídos los hombres de la obligación individual, la llenaban en silencio que tenía mucho de solemne, armando la pavesada, desembarazando la crujía, destrincando las piezas, apercibiendo las armas. Por meditada providencia de D. Juan se habían aserrado los espolones y suprimido las esculturas altas de las proas, tan bellas y elegantes á la visualidad, como perjudiciales á la puntería horizontal de los cañones de más efecto.

El cuerno izquierdo, que gobernaba Barbarigo, recibió orden de apoyarse en la costa, aproximándose á ella lo que consintiera el calado de las galeras, sin dejar paso por donde pudieran las turcas doblar la línea y atacar la retaguardia; las otras dos escuadras debían esperar á que ésta tomara el puesto para situarse inmediatamente á las distancias de la instrucción, y por tanto, la derecha tenía que hacer camino hacia el Sur, dejando espacio en que se desplegaran las de la izquierda y centro; mas tanto prolongaba Juan Andrea el movimiento de la suya, tanto se iba alejando, que hubo de enviarle aviso el Príncipe, alarmado con la maniobra que dividía el cuerpo de batalla.

Los turcos formaron su línea con rapidez, valiéndoles la homogeneidad de sus elementos y la práctica de los capitanes en tantas campañas. La práctica con nada se sustituye en reunión de fuerzas de mar. Guiaba la derecha Mahomet Siroco; el centro ocupaba Alí, seguido de las capitanas ó galeras de fanal más fuertes, y la izquierda traía Uluch-Alí, colocado por el azar frente á Juan Andrea Doria.



Hacia las once de la mañana ocurrió un cambio que, pareciendo providencial, impresionó de modo distinto á los adversarios. Del Este roló el viento al rumbo opuesto, quedando la mar llana como en un lago, y lo primero obligó á los turcos á amainar las velas y armar los remos, retrasando su marcha. Á la contrariedad tendrían que añadir otra muy sensible: la de recibir de cara el humo en cuanto empezara el fuego.

Los coligados aprovecharon la pausa procurando rectificar los puestos, y que se colocaran en los suyos la escuadra de socorro del Marqués de Santa Cruz y la de Cardona, destacadas; las galeazas quedaron puestas á una milla de distancia por la proa de la línea, y en el centro la Real, teniendo á derecha é izquierda, apoyándola, las capitanas de la Santa Sede y de Venecia: Marco Antonio Colonna y el colérico Veniero.

Antes de armarse embarcó D. Juan en una fragata ligera; corrió la línea pasando por la popa de las galeras y dirigiendo á cada una con elocuencia militar frases que arrancaban gritos y aclamaciones entusiastas: «Hijos—decía,—no deis ocasión á que con arrogancia impía os pregunte el enemigo: ¿dónde está vuestro Dios?»

De vuelta en la Real, arbolado el estandarte de Pío V al mismo tiempo que se engalanaban palos y antenas con banderas y flámulas ricas, á la vista del Crucifijo de la insignia principal, se arrodillaron todos haciendo breve plegaria mientras los religiosos daban su bendición.

Cercano el sol al corte del meridiano, quebrando sus rayos, espléndido, en las armaduras y en la superficie tranquila del agua, que reflejaba los colores de las mil banderas, habiendo partido las armadas la distancia de separación, sonaron a una en la católica trompetas y atambores, á la vez que de la mahometana salía vocería espantosa, á manera de rugidos de fieras hostigadas. Llegaba ésta á la línea avanzada de las galeazas, recibiendo los proyectiles disparados por ambas bandas. Los gritos callaron como por ensalmo, visto el efecto de la artillería, de tal suerte mortífero que algunas galeras otomanas



hicieron ciaboga, iniciando muchas el retroceso. Detúvolo el ejemplo del caudillo arrancando la boga por salir pronto del tiro de aquellas flotantes fortalezas, y adelantar más levantando espuma de la mar con las tajantes proas. En lo poco que duró la paralización del movimiento uniforme se adelantó su derecha, llegando por consiguiente á iniciar el encuentro con la izquierda de los coligados; y siendo sin duda su plan envolverla, pasaron entre la costa y la galera de Barbarigo algunas galeras, mientras la atacaban de frente las otras, aferrándola en un instante de popa, proa y costado. Cayó el Proveedor herido de muerte en un ojo por la nube de flechas, balas y frascos de fuego arrojados sobre su gente: cayó Contarini al acudir en su auxilio; la galera estaba á punto de sucumbir, rodeada, lo mismo que las inmediatas, en situación comprometida para toda la escuadra, si no se apresuraran las de los compatriotas, rota la formación, bogando en masa hacia aquel lado.

Revueltas y barajadas entonces las de cristianos y turcos, en confusión imposible de apreciar, sin más objeto ni cuidado de cada parte que asir y pelear, fué entrada la galera de Siroco y rendida con las principales de fanal, sobreponiéndose las que seguían á Canale y á Quirini. Los turcos cedieron el campo, corriendo á varar en los escollos inmediatos para salvarse á nado, abandonando los bajeles. El triunfo acariciado en un principio por ellos, indeciso largo rato, quedó al fin por los cristianos en el ala izquierda.

Por el centro se buscaron los caudillos, guiados por los estandartes y fanales, llegando á embestir proa con proa con violencia tanta, que el espolón de la Capitana de Ali rompió la falca de la Real, penetrando hasta el cuarto banco; y como embicara con el golpe, mostrando todo el interior en plano inclinado, la artillería y arcabucería disparadas oportunamente causaron espantoso estrago; pero las bajas se cubrieron instantáneamente por las galeras que le guardaban la popa, y otras cargaron por los costados á la del Príncipe, asistida por las de Colonna, Veniero, el duque de Parma y el de Urbino, llegando á formarse un grupo, una piña, en que



cuerpo á cuerpo lidiaban caballeros inclitos de la cristiandad con los más cumplidos capitanes del Imperio otomano. ¿Era aquello en realidad una batalla? No; más bien contienda parcial multiplicada, habiéndose deshecho la formación, lo mismo que en el ala izquierda, y mezclándose los combatientes en confusión, que el humo aumentaba. Oíase el crujido de los vasos, el golpear de las armas, el sonido de las trompetas, entre el disparar continuo de los arcabuces y la artillería menuda, sin distinguir bien de dónde salían.

Más de una vez se vió desierta la proa de la capitana turca, barrida la gente que por oleadas reemplazaban las reservas; más de una vez también se entró en la Real como un torrente, llegando á ponerla en terrible aprieto; pero alguien velaba esperando con admirable sangre fría que llegara el momento de entrar en la refriega. Don Álvaro de Bazán, arrancando contra una galera de genizaros que se aproximaba á la popa de la dicha Real, la destrozó con un disparo de los cañones gruesos á boca de jarro, y aferró la inmediata pasando á la gente á cuchillo. Sin detenerse envió entonces 200 hombres de refresco á su General, y se desvió para acudir adonde hiciera falta. No se necesitaba más en aquella crisis. Juan Vázquez Coronado, Gil de Andrade, Pedro Doria, volvieron á la carga con aquellos soldados, llegando paso á paso á la popa y al estandarte, de que se apoderaron ¹, muerto Ali valientemente con sus capitanes. El grito de victoria corrió repetido por el espacio. Había durado la lucha encarnizada hora y media larga.

En este tiempo, D. Juan de Cardona y la Capitana de Lomelin habian rendido la de Pertev, con desaparición del Bajá; Kara Yusuf sucumbió á manos del capitán Juan Bau-

¹ Gándara, *Armas y triunfos de Galicia*, pág. 564, consigna que Andrés Becerra, natural de Marbella, Capitán en la escuadra de galeras de España bajo el mando de D. Juan de Mendoza, que se halló en el naufragio de la Herradura, director del muelle de Málaga, era cuatralvo en la jornada de Lepanto, y fué el que se apoderó del estandarte de Ali. Don Juan de Austria le dió la poma dorada del asta, que conservaron los descendientes acompañada de cédula real en que constaba, con la acción, la de haber vencido en la batalla dos galeras turcas de fanal.



tista Cortés y de Honorato Gaetano: el centro de la armada turca quedaba deshecho y rendido, lo mismo que el ala derecha. Veamos lo ocurrido en la otra, de que aún nada se ha dicho.

Uluch-Ali, sagaz observador y marinero, que veía el espacio dejado en claro por Juan Andrea entre el ala derecha cristiana y el centro, se desvió igualmente del suyo hacia la mar, estimulando al General genovés á imitarle por si se proponía doblar la extremidad, con lo cual fué abriendo más y más el vacío. El argelino hizo á su tiempo conversión de las proas, lanzándose rápidamente por aquel hueco contra el extremo del centro y retaguardia desordenada, con sus 93 bajeles, galeras y galeotas, la gente fresca é intacta. Siete cercaron á la Capitana de Malta, batiéndola con saña de privilegio por ostentar el estandarte de la religión, y de cuantos la tripulaban quedaron vivos el general Pedro Giustiniani, prior de Sicilia, herido de tres flechazos y prisionero á rescate, y dos caballeros, uno español y otro siciliano, caídos entre los cuerpos muertos. Diez galeras venecianas, dos del Papa y otra de Savoya, sirvieron asimismo de blanco á la masa, aferradas por tres, por cuatro, por seis enemigas cada una y pasadas á degüello en un momento. A no acudir por un lado con premura D. Juan de Cardona, llevando ocho galeras; por otro D. Alvaro de Bazán con las de la reserva, pudiera haberse cambiado la suerte de la jornada, que llegó á estar muy comprometida; en este combate final inesperado quedaron en pie en la escuadra de Sicilia 50 soldados de los 500 á bordo, y hubo en la Capitana de D. Alvaro 80 muertos y heridos. Con su esfuerzo detuvieron el ímpetu de Uluch-Ali el tiempo suficiente para que, siguiendo el ejemplo del Príncipe, que se dirigía con la Real á la pelea, lo hicieran muchas otras galeras; y como las de Juan Andrea venían de mar afuera, temiendo el corsario las consecuencias, cortó el remolque de las presas que tenía hechas, inclusa la Capitana de Malta, de la que por estimado trofeo conservó el estandarte, y huyó con 16 galeras, seguido del Marqués de Santa Cruz, pesaroso de que escapara impune aquel grupo unido,



quiera fuera tan pequeño con relación á la armada inmensa salida de Lepanto en la madrugada; sólo que, con remeros rendidos y cansados, no pudo continuar el alcance.

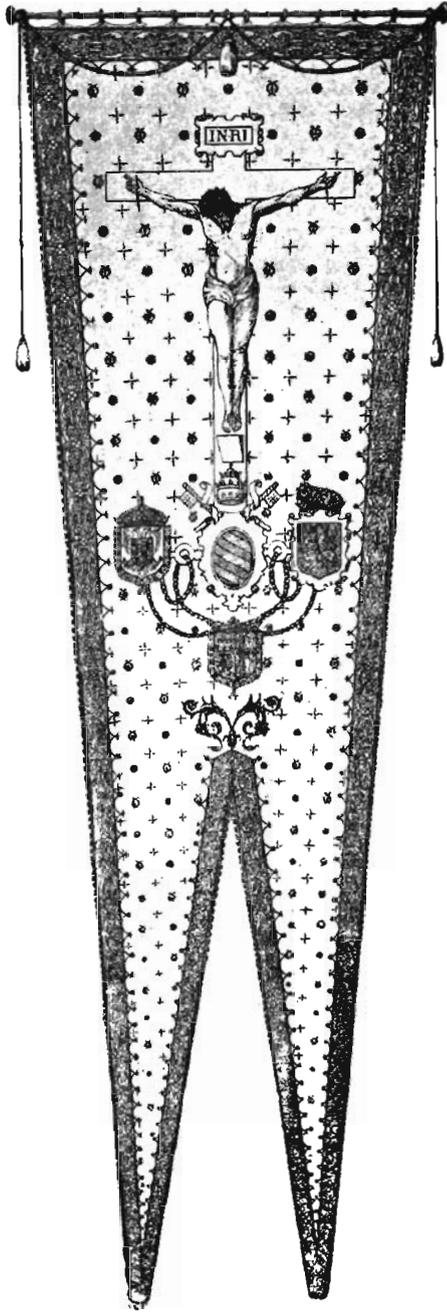
Con el último esfuerzo de Uluch-Alí y la persecución ó refriega de galeras sueltas se prolongó el combate hasta puesta de sol, hora en que, mudando de aspecto el cielo, anunciaba borrasca inmediata, por lo que ordenó el Generalísimo la reunión de bajeles dispersos y marcha de todos, con las presas, al puerto inmediato de Petala, á la vuelta de punta Escrofa, entre las islas Cursolari. La tormenta que descargó con furia durante la noche, halló segura á la Armada.

El día siguiente volvió D. Juan al campo de batalla acompañado de los Generales, con objeto de recoger y auxiliar en caso necesario á los bajeles desmantelados ó naufragos; dispuso pasar muestra, escuchó relación y pormenores de las divisiones y de los hechos particulares más salientes.

Cuesta violencia dejar la especificación á la monografía, saltando hazañas y nombres heroicos que ocuparían muchas páginas. El resumen de la cuenta que se hizo en Petala arrojó la pérdida de 12 galeras cristianas, la más sumergidas; cuatro de Doria y de Sicilia y ocho de Venecia, ascendiendo el número de los muertos á 7.600; 2.000 españoles, 800 de la escuadra pontificia, el resto de la de Venecia ¹. Llegaban las galeras turcas rendidas y apresadas á 190, algunas tan destrozadas que por inútiles se incendiaron, quedando para repartir entre los vencedores 130 ². Se hicieron 5.000 prisioneros.

¹ Apuntáronse entre las personas de distinción que tuvieron por sepulcro el mar de Lepanto, á Barbarigo, Contarini, Bernardino de Heredia, hijo del Conde de Fuentes, Jerónimo Ramírez, Francisco de Savoya, Bernardino de Cárdenas, Giovanni Loredano, Caterino Malipiero..... España perdió 15 capitanes, Venecia 17, Malta 60 caballeros, la Orden de San Esteban casi todos. Los heridos llenarían lista mucho más larga, encabezándola con D. Juan de Austria, el Duque de Urbino, Bazán, Veniero, Cardona, Giustiniani, el señor de Ligny, el Conde de Santa Fiore, Tomás de Médicis, Giordano Orsino Un soldado de la galera *Marquesa*, Miguel de Cervantes Saavedra, «perdió el movimiento de la mano izquierda para gloria de la diestra». En los jefes y ministros de la armada turca la mortandad fué grande, no habiéndose librado más que dos de los principales: Pertev y Uluch-Alí. El bey de Negroponto y dos hijos de Alí figuraron entre los prisioneros.

² La relación oficial del reparto de presas, publicada en la *Colección de documen-*



**Flámula de la Santa Liga que arboló en la galera real Don Juan de Austria,
conservada en la Catedral de Toledo.**

Largo: 15^m,26; ancho mayor: 4^m,70.





neros y se libraron de cautiverio más de 12.000 cristianos amarrados á los barcos; el cálculo de enemigos muertos, vario é incierto, fluctuaba entre las cifras de 20 y 30.000, visto que de las galeras capitanas ó de fanal, únicamente se salvaron tres, de la mar ó de las manos de los vencedores.

Produjo general admiración el proceder del príncipe don Juan, juzgando que á él se debía, no solamente la victoria, sino también la salvación de las galeras agobiadas por Uluch-Alí, cuando acudió personalmente á protegerlas. Mereció también elogio de todos la conducta de D. Juan de Cardona y la de D. Álvaro de Bazán, haciéndoles justicia; que, si desapasionadamente se examinan las fases de la batalla, entre los grandes merecimientos, ninguno sobrepujó á los de estos Generales, á quienes bien confiados estaban los puestos de vanguardia y retaguardia de la Armada. Allí donde la balanza se inclinaba á favor del estandarte mahometano en el centro, en la derecha, atrás, allí aparecía D. Álvaro, y con el peso de su espada los hacía bajar hasta el abismo. Atento á los incidentes, con serenidad sin igual, con conocimiento perfecto de la fuerza de que disponía, caía de improviso sobre la posición más comprometida, y la Armada cristiana lo estuvo en aquel día en que se jugaban los destinos de Europa. En mejores manos no pudo ponerse la *escuadra del socorro*.

Dió en cambio alimento á la crítica y á la maledicencia la maniobra de Juan Andrea Doria, condenada unánimemente. Entre españoles, se salvaron sus intenciones y su valor personal; entre italianos nada dejó de ponerse sobre el tapete,

los inéditos para la Historia de España, t. III, pág. 227, anota 117 galeras, 13 galeotas, 117 cañones, 17 pedreros, 256 piezas menores, 3.486 esclavos. Al Rey de España tocaron 58 galeras, ocho galeotas, 63 cañones de crujía, 11 pedreros, 119 piezas menudas y 1.685 esclavos. Del cupo asignado al Papa y á Venecia se adjudicaron á D. Juan de Austria por diezmo seis galeras y 174 esclavos. El Generalísimo hizo donación de cuatro galeras de las pertenecientes á España á D. Alvaro de Bazán, como significación del aprecio de sus servicios en la batalla, y el Rey, aprobando la determinación, se las compró en 56.000 ducados. De las 300 velas que algunos historiadores contaron á los turcos, conservaron 16 salvadas por Uluch-Alí, y 30 que volvieron á Lepanto; el resto fué apresado ó destruido.



envueltos los comentarios con censuras, recriminaciones y epigramas picantes. Hoy todavía, desvanecidas las malignas influencias de la pasión, dejando á un lado los móviles que le alejaron de la batalla, se estima, y no puede menos de estimarse, que puso en riesgo el éxito de la contienda ¹.

¹ Entre los historiadores españoles no se censuró la conducta de Juan Andrea; por ello D. Cayetano Rosell ha procurado sincerarla de los cargos hechos por los de Venecia. Pero Rosell no era perito en asuntos de mar. Mr. Jurien de la Gravière ha compulsado las piezas del proceso, italianâs todas, en cargo y descargo. El Papa acusó agriamente al General del ala derecha; el P. Guglielmonti en Génova; el Conde de Biccari en Florencia; Gerolamo Diedo en Venecia; Bartolomeo Sereno en Monte-Casino, contemporâneos, se mostraron igualmente severos, siéndolo modernamente el Sr. Luigi Conforti (*I Napoletani a Lepanto*, Napoli, 1886), mientras que el general Benedicto Veroggio (*Giannandrea Doria alla battaglia di Lepanto*, Génova, 1886) defiende calurosamente á su compatriota. Diedo, solapadamente, apuntó haberse criticado á Juan Andrea que, en el momento del combate, quitase el fanal grande de popa, insignia de mando en jefe, con objeto de escribir, á manera de justificación, que lo hizo por ser el dicho fanal una obra artística, una esfera de cristal simulando la del cielo, regalo de Zenobia, que Doria estimaba mucho y no quería exponer á las balas. Alguien consignó que, al hacer D. Juan de Austria el reconocimiento del campo de batalla al día siguiente, invitó á los demás Generales á almorzar, y les dijo lo harían en la Capitana de Doria por ser la única en que podía encontrarse la vajilla completa. D. Luis de Requesens, embajador en Roma, escribía á D. Juan de Austria, en 15 de Diciembre, que le costaba trabajo defender á Juan Andrea de las cosas extrañas que de él se decían, «y el Papa no hay remedio que pueda tragalle». La carta se halla en la Biblioteca Nacional, MS. G. 45, folio 134. Un concepto equivocado: el supuesto de la intención y política de Felipe II de perjudicar á Venecia tomando sobre sí el mayor peso y costo de la Liga, inclina al Sr. C. Manfroni á discutir las apreciaciones que hice en el libro *Desastre de los Gelbes* diciendo: «Ad altri sentimenti fu ispirata la condotta di lui, nè io ho bisogno di ricordarli qui, chè ormai sono notissimi; nè Duro ha bisogno ch'io gli li accenni. Egli ha studiato a lungo la storia del regno di Filippo II, e nella *Colección de documentos inéditos* ha potuto esaminare centinaia di carte, in cui abbastanza chiaramente si fa cenno dei veri motivi, cui si ispirò G. Andrea; assai meglio di me, egli conosce ed apprezza la politica de Filippo II verso Venezia. Che gli Spagnuoli del secolo xvi abbiano voluto attribuire a paura l'allargarsi in mare dell' ammiraglio di fronte ad Ulugh-Ali; che molti degli Italiani di quel tempo l'abbiano ripetuto, si comprende e si spiega assai facilmente: ma non so capire come quest' accusa si riproduca adesso, dopo tanti studi e tanti lavori.... *temoroso* à Lepanto egli non fu, perchè ritraendosi obbedi ad ordini che aveva ricevuto de Madrid.»

Ni en la *Colección de documentos inéditos* ni en ningún otro he visto fundamento para esta estimación, que me parece errónea; por ello he disentido de las opiniones de D. Cayetano Rosell, como de todas las que disculpan el proceder de Juan Andrea. Varios escritores como el Sr. Manfroni aluden á las instrucciones secretas de Felipe II para esta jornada, asi como para las del año anterior y el siguiente; pero ¿dónde están esos documentos? ¿Quién los ha visto?



Si se comparan con alguna detención las fuerzas de los combatientes, parecen del lado de los turcos más vasos, y suma de hombres superior, si bien las galeotas no podían oponerse á las galeras, y en éstas, separadas 40 ó 50 de fanal, que tenían de 150 á 200 soldados, tantos como las de la Liga, el resto reunía menos gente por la previsión de D. Juan en reforzar las venecianas. En armamento manual estaba también la ventaja de parte de los cristianos, provistos de arneses completos ó de coseletes, cascos y brazaes, poco estimados entre los enemigos, y de más y mejor ejercitados arcabuceros. Los turcos conservaban apego al arco, razonando que mientras se cargaba una escopeta se disparaban 30 flechas, y que de bordo á bordo, á la corta distancia de la pelea, no era menor el efecto. Bien lo acreditaron en la acometida de Uluch-Alí, durante la que, en un momento, pusieron fuera de combate á la gente de algunas galeras embestidas, viéndose en una de Venecia quedar 16 hombres ilesos, y de los demás no pocos con tres y cinco flechazos. En la Real apenas había palmo de arrumbada, ó de palo ó bandera, que no semejara piel de erizo al acabar la batalla. Los arcabuces les desengañarían, sin embargo, disparados detrás de las pavesadas, que ellos no tenían. Otra diferencia de consideración produjo la providencia del Generalísimo mandando rebajar los espolones, pues la artillería gruesa causó mucho estrago, mientras que la de las galeras de Alí enviaba los proyectiles por alto. Hasta la circunstancia de reñir cerca de la costa suya les fué perjudicial, ofreciendo á los flacos la tentación de huir varando las naves. A cambio de lo expuesto, influían en su favor condiciones capaces de superar á todas las otras: la unidad de mando, la disciplina férrea y la práctica de los capitanes.

Las galeazas no causaron el efecto que se esperaba; sirvieron para desordenar la formación de los turcos y acelerar el movimiento de su cuerno derecho, sin hacer más que el primer disparo, que, á repetirlo cuando las galeras se mezclaron, tanto hubieran dañado á los amigos como á los contrarios.



De escuadra á escuadra, de notar es, pues que los historiadores lo notan, que las de España, distinguidas por los turcos con nombre de *ponentinas*, mejor armadas, mejor dirigidas en la navegación como en la pelea, parecieron superiores á las de Venecia, y llegado el momento del combate en que, como sucederá quizá en los del porvenir cuando figuren los acorazados y los torpederos, la energía y la habilidad de los comandantes hubieron de obrar aisladas contra las de los otomanos, engreídos y ciegos de furor, ninguna galera española fué rendida, antes bien, la que menos apresó una de las contrarias.

Don Juan de Austria permaneció tres días en Petala atendiendo á la curación de los heridos y al reparo de averías de las galeras, tanteando en el ínterin la opinión de los Generales coligados y aun de los suyos, que era distinta, dibujándose en los menos la tendencia de acometer alguna nueva empresa que acrecentara las proporciones de la victoria; los más se fundaban en la proximidad del invierno y en el consumo de vituallas al proponer la retirada. En Santa Maura, trasladada la flota, se verificó reconocimiento á fin de saber si con un golpe de mano sería fácil tomar el castillo: no era así; pareció que se necesitaban quince días para expugnarlo, certeza que acabó de unir á los consejeros en la idea de invernarse. El 23 pasaron á Corfú, adonde estaba todavía la escuadra de naves de vela, retenida por los vientos contrarios desde que se separó en Mesina. No había hecho falta, por dicha, y sirvió ahora para racionar las despensas vacías. Allí se hizo la distribución de las presas; se cambiaron los plácomes y las despedidas, separándose las escuadras con rumbo cada cual á su patria respectiva.

La española tuvo que sufrir angustias todavía, sacudida durante el viaje por un temporal de equinoccio, que necesitó correr con mucho peligro por las galeras presas que las otras llevaban á remolque, y que por nada del mundo querían soltar y perder. Como iban aligeradas, alcanzaban en marcha á las delanteras, tocándolas con los espolones, y, al decir de un testigo, más daño hicieron sin turcos qué cuando desde



su bordo arrojaban toda especie de mortíferas armas ¹. Pero no las soltaron los vencedores; pasada la borrasca, entrábanlas el 31 de Octubre en Mesina, dándoles el remolque por la popa, con las banderas arrastrando por el agua, á uso de triunfantes, ensordeciendo á la ciudad con los disparos de cañones y arcabuces, trompetería y vivas que no acababan.

Llegó al puerto entre la flota la Real de D. Juan de Austria, conducida por gala solamente, pues tal había salido del combate, quebrantada por los cañonazos y las embestidas la hermosa nave, joya del arte naval, que no pudo salir más á la mar ².

En todas partes de la cristiandad se recibió la noticia con júbilo, aunque la satisfacción no igualara á la de las naciones actoras. El Pontífice, al conocer el primer resultado de la Liga, trabajosa obra suya, vertiendo lágrimas exclamó conmovido, repitiendo las palabras del Evangelista: *Fuit homo missus a Deo, cui nomen erat Joannes*. Ordenó solemnisimas fiestas en Roma; distinguió á Colonna con honores triunfales á la antigua, y al Generalísimo con el agasajo del *Pileum*, el estoque bendito ³. En Madrid, en Venecia, en Nápoles, en las principales ciudades de España é Italia, á porfía, hubo festejos y loas, luciendo el genio de los poetas y de los artistas en obras destinadas á perpetuar la memoria del suceso ⁴.

¹ Consigna el P. Miguel Servia, confesor de S. A. (*Relación de los sucesos de la armada de la Liga. Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, t. XI), que en las más de las galeras, creyéndose perdidos los tripulantes, hicieron votos de ir en romería, unos á Guadalupe, otros á Monserrate, quién á Loreto, quién á otras partes.

² Consta por dos cartas del Rey á su hermano. La segunda, fecha á 27 de Marzo de 1572, avisa que la galera Real nueva, que se construía en Barcelona, estaría lista, en concepto de navegar, á fines de Abril. Las esculturas y adornos se harían en Nápoles. *Dirección de Hidrografía, Colecc. Sans de Barturell, Simancas*, art. 3.º, números 245 y 250. Don Juan trataba del particular en carta á D. Sancho de Leyva, en Barcelona, con fecha 2 de Febrero de 1572. Biblioteca Nacional, MS. G, 45, folio 174, en unión de varios otros documentos relativos á la batalla de Lepanto.

³ Consérvase actualmente en el Museo Naval de Madrid.

⁴ Muchos escritos de circunstancias he catalogado en el libro referido *Tradiciones infundadas*, y en el capítulo que lleva por epigrafe «Cómo se celebró el triunfo de Lepanto» hay noticia de pinturas, esculturas, medallas, arcos, inscripciones, estam-



Bien lo merecía. Lepanto no recuerda una batalla entre tantas: en aquel teatro histórico acabó de mostrar D. Juan de Austria que los turcos no eran una excepción, como se entendía ¹, infiriéndoles la herida que mató su poderío naval. Por de pronto la vendaron, consiguiendo diera el cuerpo señales de vida; mas desde aquel momento no volvieron á verse en el Mediterráneo occidental las armadas otomanas, y los moriscos de España y los corsarios de Argel perdieron el apoyo en que se sustentaban.

He transcrito la opinión de un Capitán general juzgando á D. Juan de Austria en la guerra de Granada; paréceme oportuno hacerlo con la de un Almirante en la jornada de mar, dejando á su imparcial consideración la respuesta á los historiadores venecianos que adjudicaron á su marina la victoria alegando la superioridad numérica de los bajeles, sin tener en cuenta que, en el mal estado en que los presentaron, antes sirvieran de estorbo que de otra cosa á no cuidarse el Generalísimo de su transformación.

«Sin D. Juan de Austria—escribió Mr. de La Gravière,— y sin los soldados españoles, no hubiera batalla en Lepanto ².» «Á D. Juan pertenece incontestablemente la gloria del combate más grande de los tiempos modernos, no obstante la parte considerable que en él tuvieron los venecianos; sin él, la campaña de 1571 hubiera abortado lo mismo que la del

pas, comedias, romances, farsas, que sirven de testimonio de la emoción en los vivientes. Gráficamente ha reproducido bastantes monumentos Sir William Stirling-Maxwell en su obra, espléndidamente ilustrada, *Don John of Austria or passages from the history of the sixteenth century*. London, 1883, in two vols. De estos particulares trata igualmente el opúsculo del barón Giuseppe Arenaprimo di Monteciaro, *La Sicilia nella battaglia di Lepanto*. Pisa, 1886.

¹ Fué la mayor ventaja de la batalla de Lepanto «el desengaño del mundo y de todas las naciones del error en que estaban, creyendo que los turcos eran invencibles por la mar». Cervantes, *Quijote*, parte primera, cap. xxxix. Que se desengañó el Sultán, refiere un romance *Obra nuevamente compuesta por Bartolomé de Flores, en la cual se trata del doloroso llanto que el Turco ha hecho por la pérdida y destrucción de su armada*. Salamanca, 1572. Romance en 4 hojas, 4.º

² «Un juge des plus autorisés et des plus compétents me faisait remarquer que sans le soldats spagnols et sans don Juan d'Autriche, il n'y aurait jamais eu de bataille de Lépante. Tel a toujours été mon sentiment; je suis heureux de le voir partagé en si bon lieu.» Obra citada, t. II, pág. 8, no.ºa.



año anterior ¹.» «El cielo inspiró, ciertamente, al Santo Padre cuando hizo la designación del General en jefe de la Liga; con cualquiera otro que D. Juan—lo he dicho, y lo repetiré,—la jornada fuera estéril como las otras ².»

¹ Obra citada, t. 1, pág. x.

² Idem id., t. 1, pág. 165.

